

K. MACLENNAN (ed., comm.), *Virgil: Aeneid I*, London: Bristol Classical Press, 2010, pp. 188, ISBN 978-1853997167.

El comentario de Keith Maclennan (M.) al primer libro de la *Eneida* es la tercera entrega del autor en la misma colección, pues en 2003 ya publicó el comentario al libro VI (véase la reseña de S. Harrison en <http://bmcr.brynmawr.edu/2004/2004-06-38.html>) y en 2007 al libro IV (reseña de L. Fratantuono en <http://bmcr.brynmawr.edu/2008/2008-07-53.html>). En esta ocasión ha elegido nada menos que el libro I, cuya posición en el poema justifica sobradamente el que se le hubiera dedicado un trabajo específico que aportara todo aquello que el comentario monográfico de R. G. Austin (Oxford, 1971) no alcanzó a ofrecer. El trabajo de M., sin embargo, ni puede ni pretende llenar ese hueco, tratándose como se trata de un instrumento concebido para el uso de estudiantes de nivel intermedio. Si a ello sumamos este reconocimiento expreso (p. 7): “My version is very heavily dependent upon Austin for the notes”, el lector tendrá claro desde el principio que el mencionado hueco seguirá vacante por el momento.

El libro consta de: “Preface” (p. 7); “Introduction” (9-53), dividida en 11 apartados más una brevísima bibliografía; “*Aeneid I: The Latin Text*” (54-76); “Notes on the Text” (77-162); “Index 1: Literary, grammatical and metrical terms” (163-164); “Index 2: Names and adjectives deriving from names in the text” (164-168); “Vocabulary” (169-187); “Abbreviations” (188).

En el “Preface” dice seguir el texto de la edición oxoniense de R. A. B. Mynors, aunque la “escolariza” eliminando los acusativos en *-is* y sustituyendo por *-v-* la *-u-* consonántica. Más relevante es esta afirmación: “I have used many more punctuation marks in the hope of making it easier to follow”, pues no deja de ser un reconocimiento implícito de esa efectiva limitación de la edición de Mynors. M. señala sus tres discrepancias textuales: 429 *alta* por *apta* (Bentley); 448: *nixaeque* por *nexaeque*; 636 *dei* por *dii*; aunque renuncia a adoptar sus preferencias en beneficio de la “accepted standard version” (al menos sí ha reflejado en las respectivas notas del comentario las dificultades de interpretación de los pasajes y las distintas variantes transmitidas o propuestas).

La Introducción es enormemente concisa y al mismo tiempo es completa y clara, virtudes que hacen su lectura grata y muy recomendable para el público al que va dirigida. En ella se presenta la *Eneida* en el contexto histórico que presumiblemente da lugar al poema (aunque registrando debidamente la interpretación de las “dos voces” en el texto virgiliano) y se sitúa a Virgilio dentro de su tradición literaria, desde Homero hasta Lucrecio o Catulo. A continuación el texto se centra en la trama “cartaginesa” de la *Eneida* (I-IV) y su recepción por parte del público de Virgilio. Tras un conciso sumario de los doce libros, M. aborda la pervivencia de la *Eneida* (materia para la que M. había reconocido expresamente [p. 7] su fuerte deuda con el capítulo de C. Burrow – de Dante a Mil-

ton – en el *Cambridge Companion to Virgil*). El capítulo titulado “Translating Virgil” (33-5) se limita a recoger la traducción de los vv. 81-92 en las versiones de Gavin Douglas (1517), John Dryden (1697) y David West (1990), sin ulteriores comentarios ni desarrollo. Los capítulos dedicados a aspectos métricos, aun manteniendo la concisión de toda la Introducción, se plantean como iniciación básica a la métrica, prosodia, rítmica y versificación, lo que hace que su extensión (pp. 35-46) sea desproporcionadamente amplia respecto de otros campos estudiados. El último capítulo (46-52) presenta un análisis de los vv. 1-7 como muestra de “how the text (any passage of the text) can be approached when vocabulary and syntax have been absorbed”.

Tras esta Introducción y en poco más de una página se ofrece la bibliografía (“Some reading”), que M. divide en: “*Editions of Aeneid I in English*” (*sic*: naturalmente, se refiere al texto latino con notas en esa lengua), donde únicamente aparecen el ya mencionado comentario de R. G. Austin (1971), el meritorio pero a todas luces insuficiente comentario continuo de R. D. Williams (I-VI, 1972) y el magnífico pero al fin y al cabo antiguo comentario de John Conington (1884⁴); “On Virgil in general”, donde se incluyen once títulos indispensables del ámbito inglés más cuatro traducciones modernas de la *Eneida*; y “Other works of reference”, e.e. cinco diccionarios o manuales de gramática, pronunciación y mitología y mundo clásico.

Por el carácter escolar del libro el texto latino aparece dividido en secciones precedidas de un breve resumen de sus respectivos contenidos. No se reproduce el escueto aparato crítico de la edición de Mynors.

Las notas mantienen las características concisión y claridad, aunque el nivel de las explicaciones tiene poco que ver – por poner un ejemplo de esta misma obra y colección – con el del comentario de C. J. Fordyce (1977) a los libros VII-VIII, desequilibrio que, por desgracia, habrá que atribuir en mayor medida a la evolución del nivel de los estudiantes que al de los comentaristas. Se trata, en todo caso, de información que permite un aprovechamiento intenso del texto virgiliano en los planos literario y métrico-gramatical, y mucho menos en el estrictamente filológico o textual. Los dos índices que siguen al comentario, así como el vocabulario, son herramientas útiles para ese público escolar.

En resumen, M. cumple holgadamente el cometido de ofrecer a los estudiantes una guía para la lectura de este primer libro de la *Eneida*, aunque en ello no mejora sustancialmente lo ofrecido por Austin hace ahora 40 años. Y ahí radica la principal limitación de este libro: es cierto que desde la publicación de los mencionados trabajos de Austin y Williams la Filología no ha producido ningún comentario específico de este libro I (M. no ha podido conocer el comentario de R. T. Ganiban, publicado en 2009: véase la reseña de M. Gioseffi en <http://bmcr.brynmawr.edu/2011/2011-03-29.html>), pero son legión las publicaciones concretas de interpretación del texto de Virgilio en su conjunto o de pasajes concretos, muchos de ellos pertenecientes a este mismo libro.

Además – y esto me parece aún más grave – un comentarista no debería jamás pasar por alto cuanto afecte al mejor establecimiento del texto. Es de todo punto legítimo basar el comentario sobre el texto de la magnífica edición de R. A. B.

Mynors, pero desde la aparición de aquélla la filología virgiliana ha dado a luz muchos artículos críticos y aun nuevas ediciones que deben ser tenidos en consideración. Dejando a un lado ediciones que, como la teubneriana de G. B. Conte o la nuestra (Madrid: col. “Alma Mater”), han visto la luz en 2009 y por tanto podrían haber llegado tarde para este trabajo, M. sí debería haberse servido de la rica edición paraviana a cargo de M. Geymonat (1973) e incluso ha tenido a su disposición la reedición de ésta en Roma, aparecida a comienzos de 2008 (véase mi reseña en *ExClass* 12, 2008, 351-9). Y es precisamente este desinterés de M. por los aspectos textuales el que se refleja en las notas, que ni siquiera recurren a esta valiosísima información con fines escolares: porque probablemente no hay mejor forma de enseñar gramática, métrica y poética virgiliana que considerando su *usus scribendi* en la valoración de las variantes de su texto. O al menos es ésta una posibilidad que merece la pena intentar. Pongamos un ejemplo: si en 1.603-4 (*si quid / usquam iustitiae est*) los códices se dividen entre las lecturas *iustitiae* (*BFM²PRII₅ωy¹*) y *iustitia* (*Mahrvy*), la defensa de la primera sobre la base de algún paralelo (p.ej. 7.273 *si quid ueri mens augurat*) y, más aún, de que Virgilio jamás utiliza *quid* como atributo en tal construcción ofrecerá al estudiante una visión más penetrante en esa y demás construcciones sintácticas ofrecidas por ambas variantes, e incluso una eventual remisión a la paráfrasis serviana del paso (*si ualet apud homines iustitia*) puede enseñarles algo sobre los eventuales procesos de corrupción del texto. Ilustrativo para los estudiantes podría resultar asimismo comparar las variantes *armaque/aruaque* en 1.550, pero como Austin nada comenta al respecto, nada comenta M., a pesar de que la nota de Conington *ad loc.* es por sí sola una estupenda lección de Filología.

Porque, en definitiva, éste es el debate de fondo: necesitamos – hoy como siempre – adaptar nuestras herramientas docentes al nivel de nuestros estudiantes. Ahora bien, si para enseñar a interpretar el texto renunciamos a todo aquello que lo constituye; es decir, si consideramos el texto como una realidad objetiva, y por tanto independiente de nuestra labor filológica, estaremos situándonos en el mismo plano que otras disciplinas que beben del texto, como la Historia o la Filosofía, pero que no lo tienen como su objeto último. O dicho de otro modo: estaremos limitando la Filología al estudio lingüístico o literario de los textos en su perspectiva histórica (diacrónica o sincrónica), y muy probablemente condenándola de esa forma a volver a decir lo que ya está dicho o a salirse del ámbito de su competencia en busca de novedades¹.

LUIS RIVERO GARCÍA
 Universidad de Huelva
 lrivero@uhu.es

¹ El presente trabajo se inscribe en el marco de los Proyectos de Investigación FFI2008-01843 / HUM-4534.

